

LA FÉ-NIX



AGRICULTURA, COMERCIO
INDUSTRIA
HISTORIA, CIENCIA
LITERATURA

REVISTA QUINCENAL REGIONALISTA

Redacción y Administración: Calle de Cuarte, 22 - VALENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Año.	3	ptas
Semestre.	1'75	»
Trimestre.	1	»
Número suelto.	0'15	»
A los suscriptores. 0'05		»

EN HONOR DEL GLORIOSO SAN VICENTE FERRER

También nuestra humilde REVISTA une su voz al grandioso homenaje de admiración que la Iglesia Universal, el Estado español, y muy especialmente el Reino de Valencia, dedican a la memoria del excelso y sabio dominico valenciano San Vicente Ferrer, conmemorando el V Centenario de su muerte.

Nuestra modestia no nos permite signar este pasado hecho glorioso más que publicando la copia de un retrato del Santo bendito, debido al vigoroso pincel de Francisco Ribalta, inspiradísimo pintor valenciano también, y transcribiendo un hermoso artículo



SAN VICENTE FERRER

Patrón de Valencia y su reino.

(Copia del cuadro de Francisco Ribalta).

de un queridísimo colaborador de LA FÉ-NIX; retrato y artículo que compendian todos nuestros amores, todos nuestros entusiasmos y todos nuestros rendimientos por el gran apóstol valentino.

SAN VICENTE FERRER

Del matrimonio contraído por Guillem Ferrer, Notario, con Constanza Miquel, de familia acomodada, ambos temerosos de Dios, nació en nuestra ciudad de Valencia precedido de signos extraordinarios, entre otros, el de dar la vista a una ciega que acercó su cabeza al seno de la madre que llevaba en sus entrañas al que había de dar a luz el 23 de Enero de 1350 y se había de llamar Vi-

cente Ferrer y Miquel, según afirma el P. Fages en su obra en dos tomos titulada: «Vida de Fray Vicente Ferrer» y que vió la luz en 1908.

Los signos anteriores al nacimiento de nuestro apóstol, por los singulares tenían conmovida a la opinión; así que, al anunciarse el feliz acontecimiento se reunió el Consejo de la Ciudad en sesión extraordinaria y acordó que fuera el hijo de Guillem Ferrer apadrinado por tres Regidores, designando el Senado como madrina a una dama de la nobleza. En procesión solemnísimamente fué conducido el niño, desde la casa natalicia a la parroquia de San Esteban, donde recibió las aguas regeneradoras del bautismo, no sin antes haberse originado un conflicto por desavenencias habidas entre los padrinos al ponerle nombre, conflicto que resolvió felizmente En Pere de Pertusa, cura de dicha parroquia, exclamando como nuevo Zacarías: su nombre será «Vicente», ya que nació el día de la traslación de las reliquias de San Vicente Mártir. Este nombre, que significa vencedor, fué aceptado por todos los presentes con gran entusiasmo.

A los ocho años empezó Vicente sus estudios bajo la dirección de doctos maestros, estudiando Gramática, Dialéctica y Retórica, estudios que manejó diestramente para deshacer y refutar más tarde los sofismas y errores de los enemigos de la verdad.

Su piedad, mortificación, humildad y sobre todo su profundísimo temor de Dios «*Time Deum et date illi honorem*» merecieron ya desde sus primeros años, que el Señor le concediera el don de milagros.

Poseedor de un beneficio en la parroquia de Santo Tomás, lo renunció para ingresar en el convento de predicadores, cediendo a un llamamiento espiritual, lo cual efectuaba en 2 de Febrero de 1367, vistiendo el hábito de Santo Domingo tres días después.

Terminado el noviciado hizo su profesión solemne con arreglo al rito enérgico y austero de la orden dominicana en 6 Febrero de 1368.

Años después fué enviado a Barcelona y Lérida, en cuyos conventos explicó con lucidez y admiración las enseñanzas denominadas Humanidades, al propio tiempo que profundizaba los estudios teológicos y la filosofía.

Refieren testimonios de la época, que era tal la elocuencia y convicción de su palabra, que entre sus discípulos y oyentes ocurrieron frecuentes disputas por pretender todos escuchar de cerca la sublime palabra del dominico valenciano.

Escribió dos tratados: el de suposiciones dialécticas y la Unidad de lo Universal. En el convento de Barcelona estudió a fondo las Sagradas Escrituras y el hebreo, conocimiento este último del que sacó gran partido en sus controversias con los judíos.

Acatando humildemente el mandato impuesto por el Capítulo de Calatayud, marchó a Tolosa como *estudiante formal*, regresando a Valencia al finalizar el curso escolar, y en su ciudad querida, durante diez años, prodigó los tesoros de su corazón empezando la regeneración social que le estaba confiada.

Ordenado sacerdote, los hermanos de su orden eligieron por Prior; y de esta fecha hasta 1385 vemos a nuestro Santo designado predicador cuaresmal en la Catedral de Valencia; atraído a la corte de la corona

de Aragón, donde por su prudencia y sabiduría se le confía el desempeño de trascendentales cargos morales y materiales.

Desde el año 1385 al 90, explicó al clero valenciano cinco cursos de Sagrada Teología, valiéndole el título de maestro en Teología.

Trabajó mucho en la conversión de los judíos, consiguiendo recibieran el bautismo más de diez mil.

Como dice su primer biógrafo, la juventud del P. Vicente termina a los cuarenta y siete años de su edad, después de haberse visto envuelto en un supuesto proceso de herejía y del que fué absuelto por Benedicto XIII, el cual, al llegar a su poder el expediente inquisitorial, por toda sentencia, lo quemó.

Electo papa Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII, llamó al humilde dominico a su corte de Aviñón nombrándole su confesor, Penitenciario apostólico, Capellán doméstico y Maestro del Sacro Palacio. En el tiempo que permaneció en la Corte Pontificia francesa demostró su desapego a los honores, renunciando el Obispado de Lérida, la mitra de Valencia y el Capelo Cardenalicio.

Lleno de dolor y tristeza por la prolongación del cisma de Occidente se retiró enfermo al convento de su orden, donde se agravó de su enfermedad hasta el punto de verse próxima su muerte. Acontecía esto, el 3 de Octubre de 1396, cuando apareciéndosele Jesús con Santo Domingo y San Francisco, le nombró su Apóstol como precursor de su venida o juicio final y con el divino contacto de su mano en su mejilla, le señaló y le restituyó la salud, anunciándole lo que había de padecer y dónde había de morir.

En 1398, cumpliendo la misión divina, emprendió el Santo su visita general por Europa, recorriendo varias naciones y provincias, entre ellas: España, Francia, Italia, Delfinado, Saboya, Flandes, Inglaterra, Irlanda, Escocia, Mallorca y otras, donde en dialecto valenciano consiguió maravillosos frutos de su predicación.

Su ayuno era continuo, por espacio de 42 años hasta los 70 de su edad, ayunando dos días a la semana a pan y agua, dormía en tierra o sobre duras tablas y por cabecera una dura piedra o la biblia, su oración era continua, disciplina diaria y cilicio de áspera cuerda ceñía su cuerpo. Veintidós años caminó siempre a pie, desde los 36 a los 58, en el que se le hizo una llaga en la pierna, que fué preciso usar del jumento los 12 años restantes de su vida.

La memoria del Juicio final fué el tema y la divisa del Angel Veloz Vicente, previsto así en el apocalipsis de San Juan volando por medio del cielo clamando a las gentes: «*Temed a Dios y dadle el honor debido porque se acerca la hora de su Juicio*». Así lo afirma el mismo santo en la carta que escribió a Benedicto XIII.

En 1410, vacante la corona de Aragón por muerte de Martín el Humano, alegaron derecho para ocuparle varios candidatos. Los Parlamentos convocados para resolver este asunto, no habiendo podido venir a un acuerdo, determinaron nombrar un jurado que se reunió en Caspe y que obedeció al compromisario más glorioso que le constituía: San Vicente Ferrer. Su decisión fué obedecida, nombrándose, por consecuencia, rey de Aragón al infante castellano Fernando de

Antequera. Este es el memorable y trascendental suceso, conocido con el nombre del Compromiso de Caspe en 1412.

Cumpliendo providenciales designios, acercábase la hora de volar al cielo nuestro egregio patrón, y allá en Vannes, ciudad francesa, que con otras muchas recorría conquistando con su caridad, predicación y ejemplo almas para el cielo, le sorprendió la muerte, y aunque sus hermanos de religión, al acercarse el último momento, le exhortaban a regresar a la tierra de sus amores, por voluntad divina su cuerpo yacente había de permanecer fuera de su patria; por eso y no obstante el firme propósito de sus hermanos en salir de Francia y aproximarse a España, al amanecer el día 5 de Abril de 1419, después de toda una noche de penosísimo viaje por distanciarse de aquella ciudad, suspiraron con profunda tristeza al encontrarse todavía junto a los muros de aquella tierra.

La Catedral de Vannes honra con gratitud los restos mortales del que fué su predicador y salvador de almas.

JESÚS ROS.

Un valenciano de quien pocos se acuerdan

(Continuación)

Durante 1283 y 84 dedicóse a apaciguar los ánimos de los ricos-hombres y varones que en Cataluña, Valencia y sobre todo en Aragón le incitaban cuestiones a cada momento y a prepararse para la guerra que venía por Francia. El papa Martín IV, francés y partidario de la casa de Anjú, excomulgó a Pedro por haberse coronado rey de Sicilia, cuyo reino creían los papas les pertenecía y sólo ellos podían dar las investiduras. Había además puesto en entredicho sus Estados, dando Aragón, Cataluña y Valencia a Carlos de Valois, hijo del rey de Francia, Felipe el Atrevido. Pedro, activo como ninguno, celebra Cortes en Zaragoza, y para aquietar y tener propicios a los grandes, firma el Privilegio general. Pasa a Barcelona, convoca Cortes que publican el notable cuerpo de leyes *Recognoverunt* próceres y disponen que los menestrales formen parte de la municipalidad de Barcelona. Vuelve a Aragón y toma disposiciones para asegurar sus reinos por la parte de Navarra, que por el casamiento de su reina Juana con Felipe el Hermoso, hijo del rey de Francia, pertenecía a ésta. Núñez de Lara se rebela fortificándose en Albarracín, en donde Pedro le sitia y le vence. El rey de Francia comienza la guerra por la parte de Navarra, acude allí Pedro y pacta una tregua.

A principios de Junio de 1284 llegó a Nápoles una poderosa escuadra equipada por Carlos de

Anjú para reconquistar Sicilia y mandada por su hijo el príncipe de Salerno. Roger de Lauria sale a su encuentro, la destroza y hace prisionero al príncipe de Salerno; los Mesineses quieren matarlo para vengar a Coradino, mas la reina Constanza se opuso con estas nobles palabras: «Hagamos ver al mundo, que si Coradino cayó en manos de bárbaros, el hijo de su verdugo ha caído en manos de cristianos». Carlos sitia a Reggio que defiende Guillermo de Pons, hasta obligarle levantar el asedio.

Mientras Pedro acudía a Albarracín, a Navarra, de aquí a Zaragoza y Valencia, desde ésta a Barcelona, rindiendo rebeldes, preparando huestes, concertando treguas, complaciendo a los aragoneses, calmando a los valencianos que quieren ser juzgados por fuero de Aragón y atendiendo las quejas de los catalanes, su hermano Jaime se aliaba con el rey de Francia para facilitarle la entrada en Cataluña por el Rosellón, y el Papa le excomulgaba, daba sus estados al hijo del rey de Francia y daba contra él una cruzada por toda Europa. Otro hubiera capitulado, abatido por aquel cúmulo de adversidades. Imposible parecía librarse de tantos peligros que le amenazaban por todas partes. Un ejército de 200.000 infantes y 30.000 caballos, formado por franceses, alemanes, italianos, ingleses y Flamencos, a cuyo frente iban Felipe el Atrevido, rey de Francia, con sus hijos Felipe el Hermoso y Carlos y el cardenal Cholet, legado del Papa, avanzaba hacia Cataluña, y 140 galeras, 60 taridas y muchos barcos de transporte amenazaban sus costas. Pedro estaba solo: la excomunión paralizaba el brío de sus pueblos. Hizo un llamamiento; sólo acudieron al principio unos pocos caballeros aragoneses y varones catalanes (1), alguna gente de Barcelona (2) y sus leales almogávares, y con estas menguadas fuerzas se dirigió a los Pirineos.

Contando con la frontera de Navarra, la línea

(1) Consta indubitablemente que estaban con Pedro Folch de Cardona, el conde de Ampurias, Rocaberti, Armengol, conde de Urgel, Moncada, Cervera, Berenguer de Puigvert, Garcerán Alemany, Anglesola, Berenguer de Entenza, señor de Montornés, Cervelló y Arnaldo Roger, y según se deduce de lo que dice Montar al relatar el levantamiento de los varones catalanes, que los trató con tanta discreción, «que se valió de ellos en todas las empresas y sucesos de importancia». Siendo así, también acudirían Ramón Roger, Guillem de Fosa, Vilamur, Pons de Ribelles, Troja, Guérán Despés, Peralta, Gispert de Guimerá, Ferrer de Abella, Pons Sacosta, Ramón de Boxadors, Pons de Oluja Aguiló, Peramoba, Juan de Pons, Calvera, Ramón de Anglesola, Guillem de Bellera, Guérán de Meyá y otros.

(2) Regularmente, irían mandados por el veguer Gombaldo de Benavent, que cuando la insurrección de los barones, acudió con todas las fuerzas populares en ayuda de Pedro.

que tenía que defender excedía de quinientos kilómetros. Fuerzas aragonesas vigilaban la parte de Navarra. Aunque por el valle de Arán hicieron algunas correrías los franceses, y el conde de Foix quiso soliviantar a los de Andorra, la previsión de Pedro inutilizó aquella tentativa poco temible por los Pirineos aragoneses; pues aquellos valles angostos y escarpados facilitan en gran manera la defensa: la parte más débil es la que mira a los llanos del Ampurdán. Tres pasos principales facilitan la entrada a esta comarca desde el Rosellón: el de Bañuls al Este; el de Portús y más al Oeste el de Panisars. El de Bañuls estaba defendido por el conde de Ampurias, el del centro, o sea el de Portús, por Rocaberti, fortificándose Pedro en el collado de Panisars. Felipe, por Pascua de Resurrección, comenzó a mover un formidable ejército desde Tolosa hacia el Ampurdán, y antes que llegase intentó Pedro un golpe atrevido: acompañado de Arnaldó Roger y Folch de Cardona, con algunos caballeros y peones, entra en Perpiñán para apoderarse de su hermano Jaime, que estaba de acuerdo con sus enemigos, pero aquél puede huir por un subterráneo. Hace prisioneros a la mujer e hijos de Jaime, luego les da libertad y regresa a Panisars. Los pueblos comenzaban a reaccionar; las campanas de toda Cataluña tocaban a somatén y los ecos repetían el grito guerrero de *Via fora* (1). Algún tiempo antes, el clero, por boca del arzobispo de Tarragona, dijo en las Cortes: *Señor, como a excomulgado no nos pidas consejos, pero nosotros nos mantendremos del modo más estrecho*. Hermosas palabras que envolvían este pensamiento: Toma nuestros bienes y defiende nuestra patria.

MANUEL PONS Y FORÉS.

(Continuará.)

Higiene del corazón

Influencia del sistema nervioso. Las emociones

Se suele describir el corazón como un órgano esencialmente muscular—es un músculo hueco, dicen los libros—cuya disposición y estructura es suficiente a explicar casi todas las funciones propias de esta viscera. No hay que olvidar, sin embargo, que el corazón posee abundantes ganglios nerviosos, que por el espesor de su trama discurren numerosísimos filetes de igual naturaleza y que a él van a parar dos nervios

(1) Según el usatge (ley) *Princeps namque*, todos los varones de Cataluña, desde los 15 a los 60 años, aunque fuesen clérigos, debían acudir con sus armas al toque de somatén.

a cual más importantes, que son: el *pneumogástrico*, que por su acción tónica, modera o frena sus contracciones; y el *nervio acelerador*, procedente del gran simpático, el cual, como indica su nombre, hace más frecuentes y cortos los latidos cardíacos.

Pero además de esto que enseñan las Ciencias Anatómica y Fisiológica, está la Clínica, está la observación diaria de los enfermos, están los hechos de la vida corriente que muestran a su vez, de la manera más clara y terminante, la innegable influencia que el sistema nervioso ejerce sobre el corazón.

¡Quién no ha sentido latir violentamente su corazón al experimentar una emoción cualquiera! ¡Quién otro al recibir un susto no ha notado como si el corazón se detuviera en su marcha, como si le faltara la vida! ¿Por ventura no son ciertos de toda certeza los hechos de que una impresión violenta ha podido determinar la muerte instantánea? ¿Y por intermedio de qué, como no sea por el sistema nervioso, ha podido el músculo del corazón precipitar sus latidos en su caso, detenerlos en el otro, o pararse definitivamente en el último?

Desde los más remotos tiempos, el poeta, el filósofo, el narrador, han localizado, si así está bien dicho, en el corazón, los sentimientos, las facultades afectivas de sus personajes. Hoy mismo se dice que tal o cual individuo tiene *buen* o *mal corazón* cuando se quiere hablar de las buenas o malas condiciones morales de ese individuo.

Un maestro de la Medicina, Peter, ha dicho que el *corazón moral*, representado por la función de la red nerviosa que lo envuelve, arrastra en sus perturbaciones al *corazón físico* con sus fibras musculares, sus arterias y sus venas. Y así es la verdad.

Tenemos, por consiguiente, aquí un primer punto a considerar, y es la innegable influencia de los estados deprimentes del espíritu, ya como causa de alteraciones en la función del corazón, o bien como positivos agentes determinantes de agravación o peoría en los enfermos del aparato circulatorio.

A primera vista parece que la acción particular de cada individuo no puede nada contra este orden de fenómenos y, en efecto, hay una clase de ellos absolutamente inevitables. ¿Cómo se puede aminorar siquiera la terrible impresión que causa la muerte de un ser querido, las pérdidas de fortuna y, aun con mucha más razón, los hechos puramente accidentales, como un susto, una palabra incorrecta lanzada en el curso de una conversación, el hallazgo casual de una prueba que pone en entredicho el honor de una familia, etcétera, etc.? Todas estas causas están por encima de nuestra voluntad.

Pero hay otra categoría de estado de espíritu que no proceden de mano extraña, sino que nos los buscamos nosotros mismos; tales son la vida demasiado agitada, las pasiones violentas y la desmedida afición a los placeres. Todos estos son motivos de aniquilamientos prematuros, de agotamientos anticipados, de neurastenias horribles y de insuficiencias cardíacas junto con impotencias de la voluntad. Después de estos derroches de vida todo el organismo se viene abajo, y el corazón sufre de dos maneras: físicamente, porque su energía se encuentra disminuida, incapaz

de un esfuerzo sostenido; moralmente, porque nunca deja de haber un momento en que el crapuloso se arrepiente y considera cuánto mejor hubiera sido para su salud el arreglo y el orden en sus costumbres.

Aun sin llegar a estos extremos del vicio, la agitación propia de nuestra actual manera de vivir, los esfuerzos mentales, el trabajo desmedido, agota o desequilibra pronto el sistema nervioso, el espíritu decae, sobrevienen las abulias, una tristeza melancólica invade el sér y el corazón enferma, desfallece, porque participa de este decaimiento general de todas las energías vitales.

Vemos, pues, que por lo que se refiere a este especial punto de vista la Higiene Privada, el individuo aislado no deja de tener mucha influencia para evitar los trastornos nerviosos del corazón, ordenando y reglamentando su vida, dedicando al trabajo determinadas horas sin llegar al *surmenage*, refrenando las pasiones y morigerando las costumbres, en fin.

En cuanto a la influencia que las emociones morales de todo género ejercen sobre los enfermos del corazón, es de todo punto cierta e indiscutible. No hay seguramente otra categoría de enfermos que reclamen tan especial cuidado en este sentido. Los *cardíacos*, como se les llama generalmente, son enfermos extraordinariamente sensibles a toda clase de disgustos. A estos enfermos debe rodeárseles, en lo posible, de personas prudentes y cultas que omitan cuantas conversaciones puedan interpretarse por el paciente de un modo desfavorable. Singularmente perniciosas, a estos efectos, son esas personas habladoras y faltas de meollo, que se congratulan en referir escenas desgraciadas, muertes violentas, etc.

Una sola frase puede determinar serios accidentes. Referiremos a este propósito un caso que hemos presenciado. Un enfermo padecía un aneurisma del corazón. El médico que le asistía, persona prudente, había ocultado siempre al paciente la verdadera naturaleza de su enfermedad. Pero un día celebróse consulta con otros médicos en vista de que el enfermo se agravaba y éste oyó pronunciar las palabras «aneurisma» e «incurable». Terminada la Junta, despidiéronse los facultativos y no estarían a la mitad de la escalera, cuando oyeron una detonación por arma de fuego y grandes exclamaciones de dolor. Subieron otra vez precipitadamente los profesores al piso y hallaron por toda explicación de lo ocurrido un pequeño orificio en la sién derecha del citado enfermo, por el que salía un hilillo de sangre... y un alma que volaba al cielo. Aquel señor estaba muerto.

Otros ejemplos podríamos añadir bien demostrativos de que los movimientos súbitos y violentos de terror, de cólera, de disgusto o alegría intensas, pueden llegar a ser mortales. La palidez causada por el miedo es un caso sencillo de la influencia de los nervios sobre el sistema vascular en general.

DR. A. MUT.

Por los seres inferiores

De ese desprecio e indiferencia con que se mira a los pobres seres inferiores, depende, sin duda alguna, la falta de sentimientos humanitarios que tantas veces sorprendemos en el corazón del hombre. El animal tiene derecho a nuestro cariño y a nuestra protección. Él comparte con nosotros los sufrimientos de la vida; él participa también de los dolores que nos ofrece las inclemencias de la Naturaleza; él es víctima como el sér humano de las adversidades del destino; él siente y sufre, tiene inteligencia y corazón, como nos lo demuestra a cada paso con sus pruebas de amor, de fidelidad y hasta de abnegación. ¿Por qué, pues, esa crueldad con que a veces se le trata?

Asombra el ver cómo a la altura de nuestra civilización se carece de esa sensibilidad manifestada en los pueblos primitivos. Persia, con su alma sencilla y bondadosa, miraba al animal con todo el respeto y consideración debidos a un servidor fiel, a un amigo de inferior clase, pero siempre digno de amor y protección. La edad antigua tenía su consabido espíritu de barbarie por el atraso en que la humanidad vivía; pero dentro de su barbarie palpitaban sentimientos puros y delicados, que escasean en nuestros días, en medio del refinamiento de nuestra civilización.

A las madres y a las educadoras corresponde hoy despertar los sentimientos de cariño y conmiseración a que el animal tiene derecho; procuráse inculcar en el alma del niño esos sentimientos de piedad, tan propios de todo noble corazón, y no hay duda que nuestra sociedad ganará algunos grados en la perfectibilidad que se persigue.

No se piden afectos exagerados hacia el animal, pues resultan ridículos e impropios esos apasionamientos que a veces advertimos en algunas personas por perros y gatos, a los que conceden cuidados y mimos que niegan a las criaturas. No; lo que se pide es un poco de caridad, una benévola atención hacia esos pobres seres inferiores, compañeros nuestros en el sufrimiento de esta vida terrena.

Es doloroso contemplar el apedreamiento con que acostumbran a perseguir los niños a perros y gatos por las calles de nuestra población, sin que surja la protesta de los que presencian tan innoble espectáculo; esa crueldad es origen de otras crueldades mayores, de las que luego nos lamentamos inútilmente.

Que la buena madre amorosa y prudente no consienta nunca que sus tiernos pequeños manifiesten esas abominables tendencias. No; madres y educadores, a los que están confiadas las generaciones que han de venir, no dejéis, no permitáis que el niño martirice entre sus nerviosas manecitas al pobre pajarillo; no le ofrecáis nunca por diversión los tristes animalitos indefensos y atemorizados; sed piadosos para el animal, y esa piedad vuestra para el sér inferior redundará en beneficios para el sér humano, haciéndole más noble y más justo.

AMALIA CARVIA.

Cuatro estrellas

II

I

La educaron con una rigidez absoluta en una pensión de señoritas, adonde no llegaba nada pecaminoso del mundo, que no fuera espurgado por la implacable mirada de Madame, con más hosca atención que escudriñaron el cura y el bachiller los libros de caballería en casa de Don Quijote. Del colegio salió purísima y alada, toda ángel, sin presentir el mal ni sospecharlo, algo espíritu puro, ajeno a las miserias de la vida, y muy creída de que la existencia era del color de rosa, que en su cándida imaginación se forjaba. Sus padres, con cuidado exquisito, cuidáronse luego de guiar sus pasos inocentes, analizando sus amistades, estudiando sus inclinaciones, apartándola de cualquier compañía que no resultara diáfana e infantil.

No transigieron con nadie. ¿Teatros? A ver las comedias de magia, y se acabó. La escena es fuente de perdición, y hoy no hay drama sin adulterio e hijos naturales. ¡Tapa, tapa! ¿Libros? *Las tardes de la Granja*, tomos de fábulas y versos morales, y nada de *Las mil y una noches*, con su odalisca narrando cuentos en el lecho de su señor, ni de novela alguna, escuela del vicio y escuela temible, porque ofrece a los corazones inexpertos el pecado bajo una brillantez de colores que deslumbra y atrae. Un completo sistema de aislamiento, que a la niña, que no conocía otra cosa, no le pareció muy duro, con ser de hierro, ante la dicha de poder al cabo tender las alas fuera de la rígida pensión.

Pero la naturaleza es siempre la misma, a despecho de todas las vigilancias paternas, y un día, entre el fárrago de novelistas ingleses para la infancia, y de comedias de espectáculos, el corazón de aquella niña se acordó de que había entrado en los catorce años, y despertó. Fué una cosa muy sencilla, algo como el primer estremecimiento de un capullo al sentir sobre sus pétalos cerrados el primer rayo de sol. Y en suma, una tontería; pero una tontería que la quitó brusca-mente de los ojos la venda, y la mostró de pronto un paraíso, más hermoso y lleno de luz que el que Madame las describía en el colegio en las tardes en que le correspondía el turno a la Historia Sagrada.

Iban a subir al tranvía ella y el aya a la vez que un oficial de ejército, un teniente de ingenieros, que como es natural, las cedió el paso, bajando del estribo en que él acababa de colocarse. La niña, fina y bien educada, le dió las gracias por su galantería, con una inclinación de cabeza y una sonrisa que la valieron de la miss una mirada recelosa y un gruñido en inglés, mientras el militar contestaba con un saludo, llevándose la mano a la visera del ros. Y luego, la casualidad completó la obra, haciendo que ambos se apearan al mismo tiempo, con lo que pudieron observarse a plena luz, quedándose la muchacha complacida del incógnito, y pareciendo indiferente al incógnito la desconocida.

Estaban las dos en el balcón del gabinete de recibir, la madre austera y la niña inocente, viendo el horizonte terso, con la limpidez de la entrada del verano, en el que comenzaba a parpadear el lucero de la tarde. Había sido uno de los días en que la señora se quedaba en casa, y no era exageración asegurar que media corte acababa de desfilar por los elegantes salones del hotel.

La niña, silenciosa y melancólica, miraba el cielo, apoyada en la barandilla del balcón, mientras la pobre madre se devanaba los sesos sin tropezar con la causa de tal tristeza. Porque hacía cuatro o cinco meses la colegiala había cambiado radicalmente de modo de ser, con harta extrañeza de cuantos la rodeaban. Los preciosos tomos ilustrados de cuentos traducidos del inglés, los libros de viajes, el piano, el arpa, todo permanecía olvidado, sin que bastaran consejos, ni instancias, para que se reconciliara con sus antiguas ocupaciones y recreos. Palidecía, se desmejoraba, no tenía gana de comer, éranle indiferentes tocados y galas, y su mayor gusto se cifraba en que la dejaran sola. Alguna vez la sorprendió su madre vertiendo tres o cuatro lágrimas indiscretas. ¿Qué le ocurría? Ella no se quejaba de dolores, ¡Incomprensible! Se llamó al médico, vino y salió del paso cargándole el mochuelo a los nervios. Y no encontrando nada alarmante, nada recetó de la botica. Mucho paseo y muchas distracciones.

Aquella tarde, concluida la amistosa recepción, la niña hallábase hundida en uno de sus éxtasis. ¡Tanta gente como había pasado por los salones de su casa, menos una persona, la única que ella habría anhelado ver! Pero, ¿cómo? ¡Si no era amigo de su familia, si ni siquiera sabía de quién se trataba! ¡Delirios del corazón, que no entiende de conveniencias sociales, que se enamora y se entrega sin pararse en más! La remembranza de aquel teniente de tranvía, tan apuesto, tenía en el alma de la colegiala un altar desde la memorable mañana; pero en vano le rendía culto en el secreto de su pecho. El ingrato no parecía por ninguna parte. Fué uno de esos sueños de dicha que se desvanecen en el despertar.

De pronto le vió cruzar la calle. ¡Sí, sí! Él era, pero ni por casualidad se le ocurrió mirar al hotel. Siguió su camino, y desapareció. Cuatro o cinco meses iban ya transcurridos desde que el azar se lo trajo al paso. El repentino desengaño fué para la pobre muchacha una puñalada, y a su pesar se la escapó un sollozo.

—¿Qué es eso?—exclamó su madre sorprendida, y buscando siempre las causas de la aflicción de su hija, siguió:—¡Mira! ¡Éntrate! Tú estás muy nerviosa, y el crepúsculo de la tarde es siempre triste. ¡Voy a odiar a esa estrella que todos los días te hace llorar!

Y la colegiala, murmuró, como respondiéndose a un pensamiento, y dejando absorta a su madre:

—¡No es una estrella que me arranca mis lágrimas! ¡Son cuatro!

A. PÉREZ NIEVA.

Madrid.

LA TABLICA

En una calle estrecha de un pueblo. Los vecinos miran a Tomás, que está atando una tabla al balcón, de modo que sobresalga, y destinada a colocar algo sobre ella.

Un vecino.—¿Pa qué es eso?

Tomás.—¿A tú qué t'importa?

Una vecina.—Será pa poner el mostillo al sereno, ¿verdá, Tomás?

Tomás.—Tía Serapia, yo no li preguntao a usté pa qué ha clavao siete clavos en el balcón esta mañana.

La vecina.—¡Pues, hombre, yo te lo diré; pa colgar los culeros del pequeño!

Tomás.—Bueno, pues yo me sé pa qué estoy atando la tabla y poco ha de vivir el que no lo vea.

Otro vecino.—Pero me paice a mí que tiene poca seguridad.

Tomás.—Verdá es, porque la cuerda no es cuerda, que es liza. ¡Voy a buscar una cuerdecica más fuerte!

Los vecinos.—¿Qué moño ideará éste? Y lo que es a tozudo no le gana nadie, él s'y a empeñao en poner la tablica en el balcón, y ya verás cómo la pone.

(Vuelve a aparecer Tomás con una sogueta).

—A ver si ahora quié Dios que se tiene la tablica derecha y firme.

Los vecinos.—¿Tienes que poner algo muy pesao?

Tomás.—Vaya, sus lo voy a icir.

(Entra en el cuarto y vuelve a asomarse enseñando un tiesto de albahaca).

Los vecinos.—¡Vaya, hombre, ya sabemos lo que es! ¡Pero haz favor de que la tabla tenga resistencia, porque te advierto que si un día se le cai el tiesto en la cabeza a mi mujer o a mi chica vas tú a la cequia!

Tomás.—¡Muy valiente tas levantao esta mañana!

Vecino.—Es que... las cosas claras.

Tomás.—No tengáis cuidao, que antes se probará la tabla.

Una mujer.—Pues no t'has dao poca pena por un tiesto de albahaca!

Tomás.—Porque me la debo tomar. ¿Vis este tiesto? pues... mucha falta me hacen los dineros, pero por seis mil riales no lo vendo!

Una vieja.—¡Amos, amos, Tomás, que con mil ya te contentarías.

Tomás.—No, señora; ni con veinte mil. ¡Ea,

ya está bien atao! Ahora me voy a poner de pies encima.

(Va a encaramarse al balcón y a salir por la parte de afuera para ponerse encima de la débil tabla que acaba de colocar. La vecindad se aterró).

Uno.—¡No seas bruto!

Otro.—¡No seas animal!

Otro.—¡Que te matas!

Una mujer.—¡Tomás, por lo que más quieras, no te pongas encima, que vas de cogote al suelo!

Todos.—¡¡Por Dios, Tomás!!

(Tomás, sin hacerles caso, avanza, se pone de pie encima de la tabla y cae sobre las piedras de la calle a diez metros de altura).

Grito general.—¡¡Ahhh!!

(Acuden todos los vecinos. Tomás se ha roto tres costillas, tiene una enorme herida en la cabeza; le llevan a su cama, está privado de sentido. Acuden a la casa el médico, el cura, el alcalde...

Tomás vuelve en sí al cabo de un cuarto de hora, y en cuanto se da cuenta de lo que le pasa, exclama:

—¿Eh? ¡Pa qué m'hubiá fiao de poner el tiesto! ¡Si no pruebo antes se me cai y me quedo sin él!

—¿Pero, hombre, por la Virgen Santísima, y es el tiesto antes que tú?

Tomás, incomodándose.—¡Sí! ¡Antes que yo, antes que todas las cosas de este mundo, porque es el tiesto que cuidaba mi madre, que esté en gloria, y too lo qu'hí heredao de ella ha sido ese tiestecico y unas tijeras! ¡Conque miá s'iba yo a dejar que se cayera!

El médico.—¡Alma generosa!

El cura.—¡Dios te bendiga, Tomás, Dios te bendiga!

E. BLASCO.

Ecos varios

Fuerza mayor.—De nuevo apelamos al buen sentido de nuestros suscriptores por el retraso en la publicación de este número.

Luctuosos acontecimientos desarrollados en Valencia, suspendieron la vida industrial en el pasado mes, y las consecuencias alcanzaron también a nuestra humilde publicación.

Perdonen, pues, nuestros abonados, y... hasta la otra.

Rectificación al artículo «Un valenciano de quien pocos se acuerdan».

Por involuntario error se escribió dos veces en

el número precedente «Gilaberto Crecillas», debiendo decir Gilaberto Cruilles.

Aun cuando el buen sentido de nuestros lectores habrá anticipado esta corrección, nosotros la hacemos constar gustosos por el buen nombre del autor y por la seriedad de LA FÉNIX.

Fallecimiento.—El día 8 del pasado mes de Febrero expiró en el pueblo de Castielfabib, a los 78 años de edad, el honrado y experto agricultor D. Pascual Estevan Bueno, padre del conocido propietario y estimado amigo nuestro D. Vicente Estevan Argilés.

A éste, a la afligida viuda D.^a María, a sus hermanos D. Vicente Argilés, D.^a María y D. Pascual, envía LA FÉNIX el más sentido pésame.

¡Que el Hacedor Supremo haya acogido en su celestial mansión el alma de D. Pascual Estevan!

Nuevo Canónigo.—S. M. el Rey se ha servido nombrar Canónigo de la Metropolitana Catedral de Valencia, al sabio y virtuoso cura párroco de Liria Dr. D. Eduardo Gil Gimeno.

Tan acertado nombramiento ha sido muy bien recibido por cuantos conocen y tratan al agraciado por la Corona; y si a esto se añade la circunstancia de que la vacante que ha ocupado el señor Gil Gimeno es la de la prebenda que gozaba el malogrado y queridísimo amigo Dr. D. Vicente Fort, es doblemente satisfactorio para los que nos honrábamos con la amistad del ilustre fallecido, y somos admiradores del talento y virtudes del nuevo Canónigo.

Nuestra enhorabuena al Sr. Gil Gimeno y a la ciudad de Liria, en la que tanto se le quiere.

Habilitado de Ayora.—Los señores maestros nacionales de este partido han hecho la designación de nuestro estimadísimo amigo don Casto Luis Giménez, maestro de Valencia, para el cargo de habilitado del magisterio en el citado partido.

Este nombramiento nos satisface extraordinariamente porque ha recaído en un paisano nuestro que, a la vez, es habilitado de los distritos de Chelva y Villar.

Por otra parte, esta demostración de confianza que al Sr. Luis Giménez le han dado los maestros de Ayora, viene a ser un honor para el interesado y una prueba elocuente de que al nombrarle habilitado sus compañeros de Chelva y Villar, supie-

ron adivinar las especiales dotes de inteligencia, laboriosidad y escrupulosa administración que adornan al Sr. Luis Giménez.

Reciba un efusivo saludo el nuevo habilitado de Ayora.

Mercados

Los Sábados de Chelva.—Día 22 Marzo

	Pesetas
Trigo..	6'00 barchilla.
Cebada.	4'00 »
Alubias.	8'00 »
Patatas.	2'00 arroba.
Alfalfa seca.	2'25 »
Carbón.	2'00 »
Aceite.	18'00 »
Ajos.	5'50 »
Higos comunes.	4'00 »
Huevos.	2'00 docena.
Vino.	2'00 cántaro.

Los Viernes de Villar del Arzobispo
Día 21 Marzo

	Pesetas
Vino..	2'00 cántaro.
Aceite.	18'00 arroba.
Carbón..	1'50 »
Alubias.	8'00 barchilla.
Arroz.	7'00 »
Trigo.	6'25 »
Cebada..	3'50 »
Huevos	2'00 docena.

Correspondencia particular

Sr. D. J. L., Valencia.—Porque lo estimamos a usted mucho, no queremos... Ya nos entiende, ¿verdad?

Sr. D. S. M., Daroca.—Mande lo que quiera, hermano.

Pero fuera gran torpeza
cuando no una ligereza
contestarle de antemano
sobre el valor de la pieza
que ha salido de su mano.

No nos gusta dar saltos en las tinieblas.

A. Ch., Jumilla.—Recibido su artículo y, aunque no es de mucha oportunidad, veremos de colocarlo de contrabando.

¡Y que tengamos que hacer estas cosas por ser usted un descuidado!

Sr. D. A. P., Tortosa.—¡Vamos, hombre, no se acalore! No parece sino que el equilibrio del mundo dependa de la publicación de sus seguidillas.

¡Vaya, hombre, y que nesciente es usted!